

Ser investigadora en tiempos violentos. Implicaciones metodológicas en el trabajo de campo¹

Myrna Carolina Huerta Vega²
krohuerta@gmail.com

Resumen

Una de las principales preocupaciones a lo largo de las dos últimas décadas y que se ha discutido en la comunidad de investigadores e investigadoras es la relación entre la violencia y la producción académica en el área de las ciencias sociales. Sin embargo, poco se ha abordado sobre las distintas violencias y sus implicaciones de género en el trabajo de campo. Por ejemplo, es necesario describir cómo ha influido el incremento de la violencia en las nuevas formas de diseñar el trabajo de campo y de acercarnos a las producciones de conocimiento que las abordan, lo cual, sin duda impacta en la percepción de la realidad: ¿qué papel juega el género en el trabajo de campo en estos tiempos violentos?, ¿qué tipo de producciones académicas podemos realizar los y las investigadoras sociales en contextos donde la violencia ha redefinido las rutas de trabajo de campo?, ¿quiénes son nuestros lectores?, ¿quiénes leen nuestras producciones académicas que abordan las distintas violencias y sus impactos sociales? En este artículo intentaré afrontar estos dilemas por medio de mi experiencia de trabajo de campo como investigadora

¹ Fecha de recepción: marzo 2024. Fecha de aceptación: mayo de 2024.

² Doctora en Educación por la Universidad de Guadalajara. Actualmente, adelanta su estancia postdoctoral en el Laboratorio de Educación, Pedagogía Social y Cárcel en la Universidad de Guadalajara. Participa en investigaciones nacionales e internacionales como la Universidad de New York, Universidad de Aberdeen, El Colegio de Michoacán y El Colegio de Jalisco con ejes temáticos de violencia, género y cárcel. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores Conahcyt.

externa en diversos proyectos, tanto nacionales como internacionales, realizados en regiones del país con fuertes problemas de narcotráfico y crimen organizado.

Palabras clave: Mujer, Violencia, Trabajo de campo

Abstract.

One of the main concerns that has been discussed over the last two decades in the research community is the relationship between violence and academic production in the social sciences area. However, little has been addressed about the different kinds of violence and its gender implications in field work. For example, it is necessary to describe how the increase of violence has influenced the new ways of designing field work and the approach to the knowledge productions that address them, which undoubtedly impacts the perception of reality: What role does gender play in fieldwork in these violent times? What type of academic productions can social researchers conduct in contexts where violence has redefined fieldwork routes? Who are our readers? Who reads our academic productions that address different kinds of violence and its social impacts? In this article I will try to address these dilemmas through my field work experience as an external researcher in various projects, both national and international, carried out in regions of the country with deep drug trafficking and organized crime problems.

Keywords: Women, Violence, Field work

Introducción

*Quería escribir, sobre todo,
sobre la vida que tenemos y las vidas que hubiéramos podido tener.
Quería escribir sobre todas las formas posibles de morir.*
Virginia Woolf

Desde hace varios años, en México, como en el resto de los países latinoamericanos, se están padeciendo fuertes olas de violencia que ha puesto en crisis la estructura de instituciones políticas, jurídicas, sociales y educativas. Específicamente, en el territorio mexicano los problemas de inseguridad han impactado ámbitos académicos que hasta hace poco todavía parecían contar con cierta estabilidad y protección. Sin embargo, las investigadoras e investigadores reconocen temores al momento de realizar su trabajo de campo, investigar ciertos temas y problemas que limitan entre lo legal e ilegal, el estar en la hora y en el lugar equivocado, recibir advertencias o tener represalias por ciertos temas de investigación, por ejemplo, son temores que se expanden conforme se recrudecen los conflictos y las distintas violencias.

Ya es un hecho el impacto que tienen las investigaciones en contextos actuales y se está dejando sentir con mayor crudeza en la medida en que estas violencias se producen y se reproducen, a la vez que algunos aparatos de los Estados nacionales están siendo relacionados en actos que implican corrupción e impunidad. Como consecuencia de lo anterior, pareciera que estamos ante una suerte de estancamiento de la investigación al observar que experimentados analistas restringen sus estancias de trabajo de campo o envían a asistentes en búsqueda de alguna entrevista exclusiva para no exponer su integridad física. Ya no es excepcional que estudiantes y/o académicos replanteen sus objetos de estudio, sus hipótesis, abandonen sus lugares de trabajo de campo o busquen caminos menos peligrosos para sostener una fuente de empleo frente a la devaluada y precaria oferta de plazas académicas.

Ante este panorama por el que atraviesa el país considerando las presiones institucionales para la productividad científica y la escasez de trabajo como docentes e investigadores, los y las investigadoras en ciencias sociales hemos desarrollado temores basados no solo en las precariedades laborales que se suman a la inseguridad pública, que nos convierten en prisioneros de la misma ola de incertidumbre y violencia que, paradójicamente, necesitamos identificar, estudiar e intentar desenmarañar como investigadoras e investigadores. El objetivo principal de este texto es, por tanto, plantear un conjunto de cuestiones que subyacen a estas experiencias de desencuentro con el fin de profundizar en la discusión sobre ser mujer y las implicaciones en el trabajo de campo en medio de un contexto de violencia e inseguridad.

Este planteamiento coincide con el argumento de diversos académicos y académicas que trabajan en el campo de la sociología y antropología sobre los riesgos y conflictos éticos que implica el trabajar con el término “violencia” desde una perspectiva de género (Scheper y Bourgois, 1994; Misse, 2006; Heyman, 1999; Ortega, 2008; Das, 2008; Segato, 2019). Estos argumentos apuntan que la violencia es un término que no puede ser utilizado de manera neutral por ser multifacético, multidisciplinario y performativo.

Scheper y Bourgois (1994) declaran que la violencia es inherente a la historia, por ser un fenómeno. Mientras que autores como Nordstrom y Robben (1995) afirman que la violencia se inserta de manera natural como parte del conflicto, desde el cual se puede conocer la experiencia en forma de subjetividad en los sujetos. Estas definiciones plantean que la violencia no se puede desligar de la violencia en contextos con conflictos sociopolíticos, como lo son las guerras, por citar un ejemplo. Esto, además de ser interesante, ilustra lo que supone que la violencia se representa en forma de conflicto y, es intrínseco a la historia (Benjamín, 2007). Cuando toda historia debate los hechos, la carga de la prueba se impone como juicio se transfiere a la historia misma y a la forma en la que esta se percibe. Así, la expectativa histórica se convierte en juicio histórico y moral (Koselleck, 2010). En la historia siempre encontramos sujetos sacrificables, sujetos que son declarados como víctimas históricas de la violencia. Por ello, Benjamín (2007) señala tajantemente que la historia de los oprimidos ilustra como el estado de emergencia no es la excepción, sino la regla. La violencia produce la historia la violencia es la continuación de los conflictos bélicos generados por el poder (Arendt, 2008).

Si se analiza desde la perspectiva teórica de Foucault, la violencia es concebida como un dispositivo a través del cual se produce y reproduce el poder. Esto se puede considerar como la forma más básica en la que se ejerce el poder. Estas reflexiones permiten exponer puntos de partida para iniciar un diálogo sobre las diversas formas en las que se está tratando y representando la violencia en el espacio público. Además, se expondrá cómo los y las investigadoras hemos estado diseñando nuestro trabajo de campo a partir del contexto de violencia y los caminos, por demás peligrosos, que hemos estado recorriendo en regiones inmersas en el narcotráfico y la delincuencia organizada desde hace varios años. Al final, vamos a analizar cómo el ser mujer tiene implicaciones en el trabajo de campo en contextos violentos.

Diálogos sobre y sus implicaciones en el trabajo de campo en tiempos violentos

*La cuestión es —dijo Alicia—
si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.*

Lewis Carroll

En las últimas décadas, se ha destacado el trabajo que hacemos las investigadoras en la producción científica; sin embargo, poco se ha abordado el papel del género y sus implicaciones en la realización del trabajo de campo en tiempos en donde la violencia ha puesto en riesgo no solo a las mujeres en contextos de guerra, crimen, revueltas, desapariciones, por mencionar algunas situaciones, que las hacen más vulnerables. Actualmente, parece que las cosas se han vuelto más difíciles como para pensar detenidamente en aventurarse a algún lugar y recabar testimonios de personas comunes en lugares infrecuentes con violencias en sus vidas cotidianas.

A continuación, se tratará de construir una especie de diálogo entre las diferentes formas en que se está tratando y representando la violencia en los espacios públicos. También se expondrá cómo se ha estado trabajando con el término violencia con base en el trabajo de campo que he emprendido desde hace varios años en diferentes proyectos nacionales e internacionales en regiones inmersas en el narcotráfico y la delincuencia organizada. Al final, se analizará cómo el género tiene sus implicaciones en la manera en que las mujeres realizamos las investigaciones y, al mismo tiempo, cómo alimentamos, como académicas, el discurso público de la violencia.

Para iniciar el diálogo es necesario reflexionar sobre las tensiones que genera la violencia a partir de las formas en las que vivimos por ser mujeres e investigadoras, y es que nuestros miedos a ella están teniendo efectos reales en las maneras en las que estamos interpretando la realidad y, específicamente, en cómo realizamos el trabajo de campo. Pero este tipo de tensiones no son naturales, ya que forman parte de una transformación que se expande en la forma de ver y experimentar las realidades que nos rodean, lo que podría ser una tendencia

que destaca de una manera brillante Rita Laura Segato, quien explica que la violencia de género es “la incubadora” de todas las formas de violencia: “Cuando los gobiernos se asustan por otras formas de violencia que tienen que ver con el robo, con el homicidio, etcétera, esa violencia primordial que es la violencia de género es la primera pedagogía; la violencia de género es la primera escuela de todas las otras formas de violencia” (2019, p. 78). Además de la violencia de género, es uno de los principales desafíos actuales para los feminismos, por ejemplo, el avance de los grupos del crimen organizado. Esto se vincula con lo que Segato llama “dueñidad”, es decir, el hecho de que este sea “un mundo de dueños, donde hay señores de la vida y de la muerte con gran concentración de la riqueza”. La autora afirma que el orden patriarcal, que también es un orden de dueñidad “es funcional al capital de una forma en que nunca lo fue”. Es decir, esta es una de las razones que están detrás de “la gran reacción patriarcal disfrazada de religión o de carteles que estamos presenciando en el continente y en el mundo” (2019, p.91).

Esta invasión avanza a pasos acelerados porque “muy probablemente se está tocando el centro neurálgico de la reproducción de la dueñidad, que es una de las bases fundamentales del orden patriarcal y del capitalismo en su fase actual. Algo de esa estructura se ha tocado muy recientemente y ha puesto en riesgo también al poder económico”. La amenaza del movimiento feminista y de todos los movimientos antipatriarcales es que “desacatan el orden patriarcal”, incluido el económico (Segato, 2019). Se podría afirmar que se están transformando nuevas formas en que los hombres se están relacionando con el tiempo y con el espacio. Así, la “estructura elemental de la violencia”, en este contexto, no está únicamente construida por la relación entre el agresor y su víctima, investigadora e investigado, sino también por investigadores e investigadoras: “Hay otro eje de relaciones y de interlocución que es tanto o más importante, que es la relación entre los hombres dentro de un mismo tiempo y espacio... los hombres se ven perteneciendo a un grupo de prestigio que exige una titulación y esa titulación depende de la exacción de la posición femenina, que debe circular desde la posición femenina a la posición masculina constituyéndola como una posición potente capaz de controlar un territorio, que en este caso es el territorio-cuerpo del otro que tenga menos poder dentro de la estructura. De ahí que para Segato (2109) es importante pensar el cuerpo de la mujer como territorio, como un nuevo horizonte de expectativas y realidades.

Si el cuerpo de la mujer como territorio de violencias es una nueva manera de percibir, experimentar e interpretar el tiempo en condiciones de constricción espacial, es necesario comprender cómo ha cambiado de manera sustancial nuestra representación social del tiempo. Desde una mirada Foucaultiana, el orden del tiempo se acompaña de un nuevo orden del discurso en el que las palabras y las cosas adquieren nuevos significados. El nuevo orden del discurso dominante que distingue la actualidad, es una "... economía mediática del presente [que] no cesa de producir y de consumir acontecimientos" (Foucault, 2001, p. 254). Es una nueva historia en tiempo "real" dada por los medios masivos de comunicación, la Internet, las redes sociales, etc. La "producción" y "consumo" de acontecimientos encuentran un paralelismo en las reflexiones de Lacan cuando disocia el acontecimiento del espectáculo como "algo más real que la realidad".

Así, se producen y reproducen diversas figuraciones de lo ilegal sobre el "otro". Ya no es la interpretación del acontecimiento –el hecho político o el conflicto– lo que provoca la violencia, sino la condición del afectado, el derecho humano, la persona y sus consecuencias individuales o familiares. Esta visión de la violencia y sus formas de generar el terror forma parte de la visión de Segato (2019) y propone discutir el impacto que se deja sentir en la adopción de ciertos discursos académicos. Ahora lo que importa es pensar cómo el ser investigadora no solo implica sortear los azares que implica el trabajo de campo sino también saber cómo entablar relaciones con figuras masculinas dominantes que forman parte de nuestros proyectos de investigación como policías, integrantes del crimen organizado, hombres privados de la libertad. Así, el ser leal al club de hombres, denominada por la autora, como corporación. El valor supremo que está por encima de todos los otros valores es la "lealtad corporativa". Esto "se ve fácilmente en la realidad" explica, porque "el hombre siempre tendrá miedo a aliarse a la posición femenina, porque ahí estará traicionando esa lealtad que es imperativa en la masculinidad". La otra característica de la corporación es que es "internamente jerárquica" y el lugar que ocupe un hombre en esa jerarquía de masculinidades va a ser la posición que pueda conseguir en relación con las potencias sexual, física, bélica, intelectual, moral, económica y política. Para la antropóloga, estas dos características hacen "que la violencia sea inevitable para el mandato de masculinidad, a no ser que los hombres consigan tomar conciencia y enfrentarse a un espejo de un otro territorio, el cuerpo femenino.

Dicho, en otras palabras lo que ha operado como principal característica de la estatización del discurso de la violencia es no relacionarlo con el género, por el daño social e individual, y la memoria a través de la política del recuerdo y el olvido. La individualización del peligro, el trauma, el terror, tiene en la memoria su principal vehículo de expresión. En otros términos, la estatización de la violencia que se ha producido desde la exclusión del género, está sustituyendo preguntas clásicas de las ciencias sociales por sentimientos generalizados de caos y miedo, por ejemplo con el desplazamiento de categorías de conflicto, lucha, acontecimiento, y tomando la idea del caos. Un nuevo discurso de la barbarie.

Por tanto, lo recomendable es volver a plantear el tema de la violencia como un acontecimiento histórico límite, producto de unas relaciones de poder locales y globales, de donde derivan conflictos que desencadenan guerras y luchas letales, lo que implica comprender, en la medida de lo posible, que la violencia no es una categoría neutra, es polisémica, su significado depende del discurso desde donde se legitime se revise, por ello nunca puede ser políticamente neutral, es necesariamente instrumental en la medida en que se usa para un fin. Así, la violencia y el poder o el conflicto aparecen indisociables (Nordstrom y Robben, 1995), dejando huellas de acontecimientos históricos de distintas dimensiones ante los que la comunidad académica debe pensarla a través de la noción de género.

Así, tanto la historicidad como el presentismo, han tenido un fuerte impacto en las ciencias sociales, lo que queda son resabios, significados descontextualizados, metáforas, fenómenos suspendidos en el tiempo y el espacio. Como resultado, se llega a representar a las ciencias sociales como una disciplina sin historia de peligros, en una suerte de idealización de las experiencias del trabajo de campo con los sujetos de estudio. Es decir, pareciera que el trabajo de campo, desde su versión más clásica, estuviera exenta de peligros, miedos o situaciones complicadas, cuando se ha registrado que en muchas situaciones y experiencias la violencia ha formado parte y, en donde se debieron de afrontar obstáculos difíciles de superar debido a esos peligros.

Uno de los problemas que plantea la difícil relación entre el trabajo de campo y la violencia es el riesgo de sobredimensionar la “politización” del trabajo de campo y sus implicaciones a partir del género, en donde es difícil encontrar relatos de antropólogas o sociólogas, por ejemplo, que narren situaciones de peligro y en donde se expongan sus reflexiones alrededor de sus experiencias y aún más escasos los trabajos que sean reflexivos

ante la noción de género.

Esta situación se agudiza cuando los tiempos de trabajo de campo son interrumpidos, cancelados o redefinidos debido a la violencia y a las amenazas que implican para la vida de los y las académicas, así aparece la premisa acerca de una imposibilidad de su realización. Vale la pena recordar el popular artículo de Terradas (1993) sobre realismo etnográfico, donde hace una fuerte crítica hacia los problemas de la politización de los valores del antropólogo, reivindicando un diálogo entre etnografías, en términos de sus posibilidades de comparación y contrastación. Para el autor, los peligros y valores en las etnografías deben ser independientes de su producción misma. “Deben conocerse las condiciones de observación y obtención de la información etnográfica (...) El conocimiento directo de las fuentes, la familiaridad que se tiene de ellas, la permanencia continuada con las mismas, el considerarse autorizado por sus actores para interpretarlas (...). Todo lo que nos puede convencer de realismo en una etnografía hay que buscarlo en su texto y en relación con otros textos ya existentes o previsibles” (Terradas, 1993, p. 126).

El último punto que se incluye en este diálogo es que, como resultado de los peligros existentes por la violencia, las preguntas para plantear el trabajo de campo estén más enfocadas sobre los significados del terror en sí mismos que por el contexto que los dota de sentido y significado. Visto de esta forma, la violencia tiende a comprenderse en sí misma como un problema de amoralidad e irracionalidad. Estos significados presumiblemente inmanentes a los fenómenos del miedo nos llevan al tema de las preguntas etnográficas. Se argumentará que algunos de los interrogantes que los analistas se están haciendo sobre la violencia están respondiendo a sentimientos generalizados de desorden y moralidad de la vida humana, más que por las dimensiones estructurales y fuerzas locales y globales que producen la violencia.

Como recapitulación del diálogo, los elementos comunes que tenemos de la violencia coinciden con las maneras de entenderla, las preguntas de análisis, así como también la forma de relacionarnos con ella. Sin embargo, con el fin de discutir más ampliamente las cuestiones antes planteadas y ver si es posible proponer algunas alternativas, voy a recurrir a las experiencias de mi trabajo de investigación, derivadas de las pesquisas sobre la violencia y el narcotráfico en diversas regiones del territorio mexicano.

Desde el año 2019 inicié mi camino como investigadora en regiones con altos índices de violencia por la presencia del crimen organizado, mi participación en los proyectos fue como investigadora externa con el fin de analizar diversos temas, entre ellos violencia y género en Nayarit (Suárez y Valdivia, 2019), Reducción de violencias (Trevor, Maldonado y Pearce, 2020), estudio sobre feminicidios (Suárez, Gutiérrez, Fregoso y Huerta, 2023), gobernabilidad armada (Arias y Osorio, 2023)... Los proyectos coinciden al buscar analizar de distintas formas las transformaciones de la población en contextos de cambios educativos, sociales, políticos y económicos. De mi participación en estas investigaciones, me interesó adentrarme en el problema de la violencia. De 2019 y hasta el año 2024 he viajado al interior del país y he tenido la oportunidad de entrevistar policías, fiscales, funcionarios, activistas sociales, feminicidas o Personas Privadas de la Libertad (PPL) o habitantes de esas comunidades. Llegué hasta poblados rurales, a la sierra, estuve en distintas ciudades, en cárceles, etc., sin problemas directos gracias a los coordinadores de los proyectos, en su mayoría europeos o estadounidenses. Logré realizar entrevistas, así como registros de observación sin problemas porque tenía el respaldo de universidades extranjeras o de funcionarios de alto nivel. Había ciertos códigos que debía respetar, como no preguntar casi nada sobre narcotráfico, salvo lo que se dijera de manera pública. Esto me permitió penetrar recónditos lugares mediante estrategias de campo, a veces simuladas, a veces preparadas o improvisadas para alguna entrevista.

En mi trabajo previo al 2019, debo explicar que he trabajado con el tema de cuerpo, salud intercultural, educación, pero después del año 2023, y prácticamente desde el 2022, ya no pude incursionar en las regiones ni en los espacios con tanta naturalidad debido a los enfrentamientos armados entre los cárteles de la droga. El trabajo de campo fue muy peligroso debido, en parte, a los registros del trabajo de campo y a publicaciones en medios internacionales. Desde el año 2023, más o menos, he realizado trabajo de campo más esporádico. El conflicto armado se agudizó tanto que no hay forma de introducirse en las localidades rurales ni serranas sin correr peligro.

En el año 2022, al obtener la beca Conahcyt para realizar una Estancia postdoctoral en el Laboratorio de Pedagogía Social, Educación y Cárceles en la Universidad de Guadalajara, laboratorio en donde realizaría una serie de talleres en el Centro de Reinserción Femenil. Sin embargo, dicha institución no facilitó el acceso a las instalaciones y aunque se tuvo una

primera reunión con la directora de vinculación de la Dirección de Prevención y Reinserción Social de la Secretaría de Seguridad del Estado de Jalisco, no se llegaron a concretar los trámites ni los permisos necesarios, lo que imposibilitó acceder y llevar a cabo la propuesta inicial titulada: *Violencias en las cárceles de mujeres desde una perspectiva de género, etnia y salud intercultural: La violencia que padecen las mujeres en el Centro Preventivo de Reclusión Femenil en Guadalajara, Jalisco.*

Por lo tanto, se dio un giro y el proyecto se reformuló: *Salud, educación y cultura: ejes de resignificación étnica en población indígena wixáritari en contextos de cárcel.* Esta nueva propuesta obedeció a la falta de apoyo institucional, así comencé a vivir en carne propia la falta de protección administrativa para poder realizar investigaciones, ya no tenía el aval de universidades extranjeras o de académicos nacionales o europeos bien relacionados con funcionarios o políticos de alto nivel.

El ser mujer y el ser investigadora de a pie sin contactos ni respaldos institucionales tuvo consecuencias en la forma en cómo realicé el trabajo de campo: ya no pude incursionar a espacios con tanta naturalidad debido a los enfrentamientos armados entre los cárteles de la droga; el trabajo de campo fue además de complicado, fue muy peligroso debido, en parte, como ya mencionaba, al descubierto institucional, cuestión que me situó en un dilema ético sobre las visitas a mis amigos locales por temor de su propia seguridad además de mi integridad personal. A partir del año 2023 he tenido que recurrir a estrategias como realizar trabajo de campo basado en estancias cortas que implica hacer movimientos rápidos a veces simplemente solo recorrer los poblados sin preguntar nada, observando solamente los cambios de los lugares y el movimiento poblacional.

Al compartir estas experiencias intento contextualizar sobre algunos problemas de la violencia y su relación con el género y las implicaciones en el trabajo de campo que nos ha situado en una suerte de parálisis de la investigación social que muchas personas están experimentando y padeciendo en sus respectivos lugares de estudio de vida. No se trata de presentar estrategias y salidas o elaborar una cápsula de cómo sortear o trazar caminos menos peligrosos. Tampoco pretende ser un texto testimonial de cómo la violencia afecta el trabajo de campo y las formas de hacer investigación, aunado a las precariedades laborales que nos orillan a buscar proyectos como investigadoras e investigadores externos o becas como una forma de supervivencia económica y laboral aunque esto implique exponer y arriesgar nuestra

vida. El enfoque pretende ser una respuesta crítica a algunos enfoques e interpretaciones que actualmente observan la violencia como un problema en sí mismo, acentuado por los medios de comunicación difundiendo imágenes que extienden y magnifican la violencia.

De sobra se sabe que realizar en este tipo de investigaciones, el trabajo de campo no ha sido fácil, revisar documentos oficiales, realizar entrevistas interactuar con la gente, así como hacer recorridos en comunidades en donde no hay forma de llegar por sus caminos y brechas deshechas en medio del inmenso calor o de lluvias intensas, estar bajo vigilancia y sospecha todo el tiempo, etc. Obviamente, hay riesgos, sin embargo, las circunstancias no deberían sustituir nuestros trabajos ni las observaciones que hacemos sobre los procesos y representaciones que le dan forma a la violencia. Uno de los puntos más importantes, dejando de lado el amarillismo y el morbo o, bien de ubicar el trabajo de las ciencias sociales como una forma de heroísmo social, son las posibilidades reales que existen a la hora de emprender el trabajo de campo y qué tipo de conocimientos podemos proporcionar de acuerdo con nuestras valoraciones, capacidades, habilidades aun con el peligro que existen y que implica el pertenecer a un género determinado.

A manera de cierre: recorrido por los caminos violentos en el trabajo de campo

*La violencia no es la solución a los conflictos,
sino la causa de más violencia*
Hanna Arendt

Una de las principales preocupaciones que ha surgido, durante los trabajos de investigación que he realizado en los últimos años, ha sido la producción y reproducción de la violencia en algunos estados del país y cómo, conforme avanza el tiempo, se ha ido transformando en violencia criminal, materializada y encarnada en la formación de carteles y delincuencia organizada y sus formas de relacionarse con el gobierno. Es necesario reconocer que ha habido una compleja transformación del país, cuyos protagonistas han ejercido una soberanía total, paralela y traslapada ante la necesidad apremiante de justicia o poder y control político respaldada por gobiernos locales. Tanto, el territorio, la soberanía local y las rebeliones contra

los núcleos neurálgicos de la política en determinados momentos históricos dieron lugar a formas específicas de interactuar. En medio de estas prácticas se desarrollaron también, y de manera importante, mercados ilícitos que sólo por su condición de ilegalidad podían penetrar hasta en las más inhóspitas tierras, serranías y pequeños poblados. Esta situación posibilitó el desarrollo de economías ilegales asociadas al comercio ilícito de madera, animales, tabaco, minerales, agua, etc., conformando determinadas identidades político-culturales que giran alrededor de la criminalidad y la violencia.

Así, los países latinoamericanos experimentan un sinfín de problemas a partir de las distintas formas de violencia que, sin duda repercuten en la producción de conocimiento en las formas en que como académicas y académicos nos situamos y nos colocan en complejas relaciones con la violencia en los distintos tiempos/espacios, por ejemplo la adopción de diferentes formas de narrar las contradictorias situaciones que encontramos en el campo, sin contar los dilemas éticos. Sin embargo, es necesario enfrentar este tema exponiendo las posibilidades reales que como analistas tenemos para realizar trabajo de campo en momentos en donde la observación participante y la entrevista nos exponen y enfrentan a desafíos profesionales, debemos considerar que la violencia no se encara haciendo frente a los actores mismos en una especie de heroísmo académico. Es probable que muchos sueñen con tener una entrevista exclusiva con líder popular, descubrir actos que develan secretos del narcotráfico o realizar historias de vida de personajes inmersos a grupos criminales poderosos, pero eso no es suficiente para la producción del conocimiento social.

Las dimensiones reales de una investigación que recurre al trabajo de campo como principal medio de información en contextos de violencia deben partir del reconocimiento de aprendizajes y asumirlas distintas lógicas de violencia que, sin duda producen consecuencias negativas tanto para el investigador como para las personas que conforman el trabajo de campo. Sabemos que no es lo mismo una guerra que termina con actos de represión, de aquellas violencias urbanas, rurales y el horror por la presencia del narcotráfico y la delincuencia organizada. Reconocer estas diferencias nos ayuda a diseñar nuestras guías de entrevista y a pensar preguntas que pueden o no deben hacerse en determinados lugares con ciertas personas en momentos específicos. Pensar en elementos fundamentales como lo es la ética en el diseño del trabajo de campo es fundamental y ubicarla en el contexto y situación

en el que se realiza, de lo anterior dependerán las formas en como nos acerquemos a los problemas de investigación que nos interesan y apasionan.

Más allá de estas reflexiones, lo más importante de una investigación que tenga por objeto el estudio de la violencia o temas relacionados con ella, es en una buena parte las perspectivas con las que definimos el objeto y en el cómo planteemos los objetivos de la investigación considerando en todo momento las lógicas de la violencia y la inseguridad pública. Por ejemplo, es muy frecuente construir la hipótesis planteando la violencia criminal como un problema directamente proporcional a la delincuencia, situándola en contextos prioritariamente urbanos, sin embargo, la historia de las comunidades rurales, ha construido un imaginario colectivo predominantemente violento en áreas campesinas, rurales e indígenas. Por tanto, estas dimensiones reales en el que realizamos nuestros trabajos de campo, suponen entender las dinámicas de los procesos o fenómenos socioculturales que están produciendo la violencia y sobre todo comprender cómo los actores sociales la están procesando en sus vidas cotidianas. Esta es una de las muchas formas de construir conocimiento situado en el diseño y desarrollo del trabajo de campo en donde el género está inscrito. Por ejemplo, si eres mujer, es más fácil que accedan a darte una entrevista hombres en contexto de cárcel, pero en contextos rurales preferirán a un investigador para dialogar respecto de temas de crimen y narcotráfico, por lo que líneas arriba se describía lealtad masculina (Segato, 2019).

La otra cuestión importante para reflexionar sobre el trabajo de campo y la violencia deriva de la necesidad de preguntarnos qué tipo de conocimientos queremos producir y quiénes serán nuestros principales lectores, aparte de la comunidad académica. En sentido estricto, uno de los problemas más complejos respecto de la violencia en México y muchos países latinoamericanos son las fuentes accesibles y la fidelidad de ellas (Escalante, 2012). De acuerdo con mis observaciones, uno de los grandes vacíos para estudiar las violencias es que no existe información suficientemente veraz sobre el problema. Sabemos que la información “oficial” ha sido cada vez más ominosa en estos tiempos donde los conflictos son más fuertes e impactantes, y también nos damos cuenta cuando es políticamente manipulada (Misse, 2006). Además, una limitación adicional es que si logramos contar con la suficiente información obtenida de fuentes públicas y oficiales, esta se produce en gran parte en oficinas policiales o militares y de inteligencia, lo que significa que tanto el control como la manipulación de la información oficial es prioridad nacional y que los gobiernos

no compartirán fácilmente. Esto trae consecuencias de diversos tipos. Una de ellas y creo que la más importante es que gran parte del control y de la manipulación de la información se presenta en forma de ausencia y vacío, lo que representa que no solo se desconoce su magnitud, sino también puede ser usada para construir realidades alternas que no siempre corresponden a la realidad.

Ante estos discernimientos, es pertinente reflexionar sobre qué tipo de conocimientos estamos produciendo en condiciones realistas. Ciertamente, el crimen se ha tornado cada vez más terrorífico y letal. En suma, el tipo de conocimientos del que podemos dar cuenta acerca de la violencia pasa por un procedimiento que implica replanteamientos de sus usos y significados, es importante evitar reproducir las mismas palabras y representaciones del mal que se difunden de forma oficial desde los sótanos del poder oficial y no caer en sus juegos. De la misma forma, No podemos situar a la violencia sin relacionarla con el Estado y el poder, tenemos que reflexionar sobre la naturalización de nociones claves como Estado, derecho, orden, etc. puesto que toda violencia nunca es natural o innata. Igualmente, debemos tener pensar más de dos veces cuando vayamos a utilizar el término violencia en nuestras investigaciones, usamos la categoría de violencia como operador analítico, como concepto, como gancho, como encabezado sin tener en cuenta que es un concepto polisémico, para argumentar nuestras hipótesis, para provocar una contra-violencia hacia el objeto que se ha elegido trabajar. Sin duda, es un modelo interesante porque, por lo general, nos pone en un lugar “fuera de la violencia” y, al mismo tiempo, ubica a la violencia en otros lugares que se pueden elegir de acuerdo a nuestros valores (Misse, 2006).

Los procesos de violencia e inseguridad que Latinoamérica está recientemente está experimentando han colocado a las ciencias sociales en general ante una serie de desafíos, tanto en términos del trabajo de investigación como también la representación y la narración de los problemas sociales. De igual forma, el tema no se agota, sino que al contrario se han abierto nuevos campos problemáticos sobre las representaciones realistas que se pueden realizar en contextos de violencia, la producción de datos y el papel que juega el conocimiento en el debate público.

En este sentido, para tratar de despejar el camino, es necesario alejarnos de las representaciones oficiales y mediáticas de la violencia y la inseguridad que confunden más de lo que en verdad explican. Es imprescindible someter a un riguroso tratamiento el tema

de los datos oficiales y, sobre todo, analizar de forma estricta el discurso que es emitido por parte del Estado sobre la violencia y, específicamente, sobre la lucha contra el narcotráfico y el crimen organizado.

A partir de ello, reflexiono sobre la representación social y política de los valores de los investigadores e investigadoras sociales como héroes y heroínas. En este trabajo he tratado de presentar una serie de elementos que podrían tomarse en cuenta a la hora de emprender investigaciones sobre y en contextos de violencia. Apoyándome en mis trabajos realizados en regiones y poblados insertos en problemas de narcotráfico y crimen organizado he tratado de sustentar que el análisis de estos fenómenos generados por las violencias puede hacerse desde un abordaje periférico, poniendo en el centro la vida cotidiana de las personas que directa o indirectamente están experimentando las consecuencias de una situación violenta y compleja.

La diversidad de actores que uno puede identificar en el terreno es casi infinita: las personas privadas de la libertad, las clases medias, los trabajadores agrícolas, etc., son personas que están sufriendo esas consecuencias y su manera de enfrentar, sortear la violencia o evadirla constituye buenos puntos de partida para el análisis. Así, es necesario, desde la perspectiva de género, comprender las lógicas de la violencia que se han construido en los lugares donde pretendemos emprender investigaciones, construir entornos de seguridad a través de redes fuertemente sostenidas por personas de respeto, instituciones y, sobre todo, tener muy claro que el estudio de la violencia no puede realizarse haciendo frente a los actores mismos de ella, pues esto puede acarrear consecuencias irreversibles.

Referencias

- Almeida da Silva; Edilson Márcio (2010). *Notícias da violência urbana. Um estudo antropológico*. Niteroi, Brasil: Universidade Federal Fluminense.
- Arendt, Hanna (2008). *Sobre la Violencia*. Madrid: Editorial Alianza.
- Bauman, Zygmunt (2008). *Archipiélago de excepciones*. Barcelona: Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona y Katz Editores.

- Benjamín, Walter (2007). *Conceptos de filosofía de la historia*. Buenos Aires: Terramar Ediciones.
- Bourgois, Philippe (2010). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Camus, Manuela (2012). "Fronteras, comunidades indígenas y acumulación de violencias". En: *Desacatos*, N°38, Enero/abril, CIESAS, pp. 23-39.
- Comaroff, John y Comaroff, Jean (2009). "Violencia y ley en la poscolonia: una reflexión sobre las complicidades Norte-Sur". En: *Serie de conferencias Dixit*. Barcelona: Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona y Katz Editores.
- Dammert, Lucía (2010). *Crimen e inseguridad. Indicadores para las Américas*. Santiago de Chile: Flacso-Chile, BID.
- Das, Veena (2008). "El acto de presenciar. Violencia, conocimiento envenenado y subjetividad". En: Ortega Francisco (ed.) *Veena Das: Sujetos de dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana/Universidad Nacional de Colombia, pp. 245-278.
- Dosse, Francois (2006). *La historia en migajas*. México: Universidad Iberoamericana.
- Durín, Severine (2012). "Los que la guerra desplazó: familias del noreste de México en el exilio". En: *Desacatos*, N° 38, Enero/abril, CIESAS, pp. 17-32.
- Escalante, Fernando (2012). *El crimen como realidad y representación*. México: El Colegio de México.
- Foucault, Michel (2001). "Postscriptum". En: Rabinow, Paul y Dreyfus, Hubert, Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Hartog, Francois (2007). *Regímenes de historicidad: presentismo y experiencias del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana.
- Harvey, David (2004). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Heyman, Josiah Mc (ed.) (1999). *States and Illegal practices*. Oxford and New York: Berg.
- Koselleck, Reinhart (2010). *Historia/historia*. Madrid: editorial Trotta.
- Nordstrom, Carolyn y Robben, Antonius (eds.) (1995). *Fieldwork*

- Under Fire. Contemporary Studies of Violence and Survival. Berkeley: The University California Press.
- Misse, Michel (2006). *Crime e violência no Brasil contemporâneo. Estudos de sociologia do crime e da violência urbana*. Río de Janeiro: Editora Lumen Juris.
- Ortega, Francisco (Ed.) (2008). *Veena Das: Sujetos de dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana/Universidad Nacional de Colombia.
- Scheper-Hughes, Nancy y Philippe Bourgois (Eds.) (1994). *Violence in War and Peace. An Anthology*. USA: Blackwell Publishing.
- Segato, Rita Laura (2019). *Contra-Pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Promeo Libros.
- Taussig, Michael (2005). *Law in a Lawless Land: Diary of a Limpieza in Colombia*. Chicago/London: The University Chicago Press.
- Terradas, Ignasi 1993. "Realismo etnográfico. Una reconsideración del programa de Bronislaw K. Malinowski". En: Bestard i Camps, Joan (coord) *Después de Malinowski*, VI Congreso de Antropología, Tenerife, España, Dirección General de Patrimonio Histórico.